

LUIS MEANA

La inercia o el futuro

Lo mínimo que se le puede pedir a un espectáculo es que sea entretenido. El final del espectáculo político de las elecciones alemanas ha confirmado lo que ya había quedado demostrado en la campaña: la creciente miseria —cualitativa— de la representación política, por supuesto no sólo de la alemana. Actores corrientes, guiones vistos y malos, sobreabundancia de fraseo tópico y la oquedad profunda de toda la representación. En dos palabras: se ha confirmado la imparable conversión de una representación en un simple ritual al que en esta ocasión hasta le faltaba incluso la inseguridad del resultado, el único reducto de emoción que son capaces de ofrecer las aburridas sociedades competitivas. Total, y por resumirlo en dos palabras, que las elecciones alemanas de 1987 habrían aburrido a las ovejas caso de que las ovejas hubieran tenido algún interés por las elecciones alemanas. Si las comparamos con las representaciones a las que nos tenía acostumbrados el llamado "Schmidt-Schnauze" (o Schmidt el deslenguado), el único político comparable como actor a Bogart, una bobería. La única ocasión en que la cosa y los contendientes estuvieron a punto de rozar el listón mínimo del espectáculo fue cuando Rau se puso ante las cámaras a hacer lo que de verdad sabe hacer y en lo que de verdad es un maestro: contar chistes. Y cuando Kohl, quizá para no ser menos, llegó a decir de sí mismo que es un ratón de biblioteca y que lo que más le molesta es la estupidez desproporcionada.

Claro, que el aburrimiento no es en este caso anecdótico, sino categoría. La culpa del aburrimiento no es de la mediocridad de los actores, sino del fondo totalmente mediocre del asunto. No es que estos mediocres actores no le saquen partido a la obra, sino, al contrario, que por su mediocridad dejan totalmente al descubierto la absoluta falta de contenido de la representación. En resumen, que el aburrimiento es el mensaje. En cierto sentido hay que estar agradecidos por esa insoportable levedad del ser y del aburrir. Son muy raras las ocasio-



siones en la historia en las que a los mortales les es permitido ver con cierta claridad los hilos ocultos de la trama: una máscara superpuesta a la nada. Los grandes actores tienen la ventaja de que mejoran mucho el espectáculo, pero sólo a costa de hacerlo más representativo, o sea, más mentiroso y encubierto. Así que cuanto mejor es el actor, peor. La crisis se acelera o se retrasa según las muchas o pocas revoluciones del actor. Nuestra suerte son nuestros actores desastrosos, el hermano Johannes y el canciller Kohl.

No conviene, sin embargo, hacer de todo ese aburrimiento lecturas demasiado rápidas o

atléticas. Nada es aquí, como en general advertía la vieja metafísica, lo que parece. La cara cristalina de los resultados de las elecciones alemanas no es más que una máscara que oculta una contextura política increíblemente barroca. Y lo que parece un fondo sólido y roquero es en realidad un arenal más que moviedizo. Para enterarse de verdad del mensaje de estas elecciones hay que leer los resultados al revés. Ganó el que perdió, el SPD, porque le esperaban resultados catastróficos y los sacó sólo muy malos, con lo que, de momento, retrasa el réquiem alemán al que parece destinado. Perdió el que ganó,

Kohl, que obtiene su peor resultado histórico. Y los que más alzan de optimismo y festejan sus resultados históricos, los verdes, son los que menos razones tienen para soñar con el futuro: todo lo que les queda por delante es una alianza desventajosa, o sea, como segundones, o aceptar un techo político pequeño.

Más desconcertante todavía es el fondo profundo del asunto. Lo que a primera vista parece ser y mostrar una estabilísima y robusta estructura política muestra en realidad un equilibrio inestabilísimo. Tan contingente que hubiera bastado, para derribarlo, con apretar un poco a fondo cualquiera de sus tuercas: fuerte subida porcentual de los conservadores, mayoría "Rot-grün", o desaparición de los liberales. Se hubiera ido todo a hacer puñetas. De momento no ha pasado nada. Pero los resultados no han hecho más que dejar pendiente el peligro y la debilidad estructural del sistema: que no sabe más que repetir el mismo equilibrio, por más que se varíen las letras. Dicho de otra forma: que no hay alternativa. Ésa es precisamente la razón última del aburrimiento y del escepticismo profundo del personal, quien, por misteriosos mecanismos del olfato, percibe que no hay mayor salida.

Al sentido operístico de los alemanes le gusta mucho decir cada vez que hay elecciones que está en juego el destino del país, lo que, como fórmula, es bastante cursi y redundante. Hace ya bastante tiempo que todas las elecciones, alemanas o no, tienen que ver con el destino: con la carencia de una visión político-social sobre el futuro y, por tanto, con una cierta falta de destino de las naciones. El río de palabras, de actos, de actores y todo lo demás que durante un tiempo inunda el escenario no es más que un reflejo condicionado que pone en movimiento todos los jugos gástricos de una sociedad cada vez que la campana toca elecciones. Pero nada más. Detrás hace ya bastante tiempo que no hay nada, o casi nada. Vivimos en el *vakuum* político.

Y ese *vakuum* ha vuelto a confirmarse. La socialdemocra-

cia sale de la prueba todavía más confusa y en lucha por hacer pie ontológico. Brandt o Rau, Rau o Lafontaine. Una tarde le da práctica y otra utópica. Andan a la busca del trabajador y del revolucionario perdidos, y lo único que se les aparece es su propia perplejidad y duda profunda. Si el doloroso final de Schmidt marcó sólo el final de Schmidt o el fin de la socialdemocracia como visión político-social para el futuro. Todo el esfuerzo heroico del hermano Johannes no ha podido tapar ese gesto torcido y entregado del boxeador sonado. Y a los conservadores les pasa como a los viejos verdes de zarzuela: que quieren enrollarse con las chicas y hablan mucho de futuro, impulso, cambio, novedad y de un espíritu nuevo, pero enseguida sacan calceta del pasado: orgullo, rendimiento, deber, autoridad y unos dientes nacionalistas que les rechiman y les huelen demasiado. Como si no hubiéramos llegado a ciertas situaciones del pasado recorriendo precisamente ese camino. Queda el fundamentalismo verde de los verdes y la libertad de los liberales, un partido Klein pero *sein* que habla de libertad para referirse a la de la peseta y que no sabe más que repetir eslóganes con garra.

En resumen, que estas elecciones, como tantas otras, han acontecido bajo el signo de la *inercia democrática y la provisionalidad política*: el ciudadano, de momento, no tiene más opción que dejar las cosas aproximadamente como están, porcentaje arriba o abajo, y el siglo XXI ya nos dirá qué pasa. No hay más meta que la *repetición* y el *aplazamiento*. O sea, el inerte retorno de lo mismo. De una provisionalidad secular y de un aburrimiento igualmente nada accidental. No se podrá, sin embargo, acusar a la providencia de falta de previsión: en compensación, los alemanes disfrutaron del canciller más chusco de su historia, y, por si eso fuera poco, tienen a su Boris Becker. ¿Puede un pueblo pedir más? ¿A que no? Y si no, que se lo pregunten al nuestro.

Luis Meana es profesor de Filosofía en la Universidad de Trier (Tréveris) en la República Federal de Alemania.

CARTAS AL DIRECTOR

Protesta estudiantil

Después de haber asistido a la manifestación del pasado viernes en Madrid, convocada por el Sindicato de Estudiantes me veo en la obligación de mostrar mi protesta al sentirme manipulado por los medios de comunicación, y como yo muchos estudiantes. Manipulado, sí, manipulado por la información parcial que intenta identificar al movimiento estudiantil con las actividades salvajes que protagonizan grupos ultraderechistas, que pretenden desprestigiar la protesta de los estudiantes en la calle.

La información recibida no es más que un intento de desorientación del grito unánime de la pésima política llevada a cabo. Sin embargo, no. Y después de que los bien re-

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados, y que en ellos quede constancia del domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extraerlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos.

cuerdan a tiempos franquistas, quien paga son los estudiantes, y si no que se lo digan a la chica de 15 años herida de bala.— Francisco Javier Esteban Fernández. Estudiante de segundo de Medicina. Universidad Complutense de Madrid.

Esta es una carta abierta al ministro de Educación y Ciencia. Señor Maravall: soy un estudiante de FP y le pido, por favor, que nos conteste a estas preguntas a los estudiantes de enseñanzas medias y a toda la gente en general.

— ¿Está usted de acuerdo, aunque sólo sea interiormente, con nuestras reivindicaciones?

En caso de que su respuesta sea afirmativa:

— ¿Por qué no actúa usted acorde con sus ideas?, ¿por el coste (económico) que ello traería consigo?, ¿por presiones exteriores como en Francia?

Y en caso de que su respuesta a la primera pregunta hubiese sido negativa:

— ¿Nos hubiera apoyado antes del 28 de octubre de 1982? Yo creo que sí, y si estoy en lo cierto, ¿por qué ese cambio?

Esperamos contestación de

usted, señor ministro, y no de algún delegado, consejero, encargado o secretario general. Gracias.— Juan Pascual Coy, Estudiante de FP. Getafe, Madrid.

La situación en Ecuador

¿Cómo es posible que en este prestigioso periódico aparezcan artículos de un sensacionalismo tan descarado como el dedicado a Frank Vargas, el general más macho de América del Sur? ¿Interesa más a sus lectores la virilidad del general y su familia que los problemas del país en conflicto? Eso es lo que parece, ya que resulta más fácil identificar a los países suramericanos con personajes folclóricos que analizar sus realidades.

El gobierno de extrema derecha de Febres Cordero ha sumido en la miseria a su pueblo y ha

desencadenado la represión. Este ambiente de descontento ha sido aprovechado por el general Vargas, que de ninguna manera es una alternativa para el país; aparte de él, el primero en atropellar la democracia ha sido el presidente Febres, que a pesar de haber sido elegido democráticamente gobierna de manera represiva e inconstitucional.

Su periódico ha creado al "general más macho de América del Sur". Con ello ha desinformado en vez de informar.— Isabel C. Sánchez Moratos. Barcelona.

Negocio del DNI

Pese a las buenas palabras de nuestro Gobierno, lo cierto es que:

1. Todo español tiene, por el hecho de serlo, la obligación de Pasa a la página siguiente